

Luis Martín-Santos

Novelas inéditas

El vientre hinchado
El Saco

Obras completas III

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya
Edición, prólogo y notas de Epicteto Díaz Navarro

OBRAS COMPLETAS III



Galaxia Gutenberg

LUIS MARTÍN-SANTOS

OBRAS COMPLETAS III

Novelas inéditas

El vientre hinchado

El Saco

Edición dirigida por
Domingo Ródenas de Moya

Edición, prólogo y notas de
Epicteto Díaz Navarro

Galaxia Gutenberg



Lectura infinita
#pactoporlalectura



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura.

Edición dirigida por Domingo Ródenas de Moya

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2024

© Herederos de Luis Martín-Santos, 2024
© de la dirección de la edición: Domingo Ródenas de Moya, 2024
© de la edición, el prólogo y las notas: Epicteto Díaz Navarro, 2024
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2024

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14188-2024
ISBN: 978-84-10107-38-0 (volumen)
ISBN: 978-84-10107-35-9 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

EL VIENTRE HINCHADO

Nota del editor

En la primera página y hacia la mitad del relato, se menciona que los domingos el amo lee la «letanía lauretana» que tiene en un libro con tapas negras. La letanía lauretana está dedicada a la Virgen María, y también es denominada «de la Virgen» o «de Loreto», por el santuario de ese nombre.

Era una casa chata y cuadrada y todo en ella era seco y duro a causa de estar muy adentro en el país, donde el polvo es polvo, en un lugar al que el olor del mar no llegaba nunca. Tenía dos árboles flacos en el corral y un pozo de donde sacaba agua y un campo de almortas alrededor que iba cayendo hasta el bajado, donde el calor era más grande; no las había sembrado él, sino que nacían puestas por la mano de otro en la tierra pero, como si las hubiera puesto la suya, las veía crecer alrededor de la casa, en la tierra que era suya.

Todos los días, cuando el sol había llegado hasta arriba y se había posado sobre sus hombros muy pesadamente, sabía que estaba solo y allí permanecía, solo en la tierra, mirando al campo. No había mujeres en aquella casa, ni tampoco perros; sólo un criado algo imbécil que dormía en la misma cocina, junto al fuego, en invierno y luego, en verano, sobre la paja amarilla del año pasado, todavía no húmeda ni podrida, con insectos que no le daban miedo. El criado lo era desde niño y siempre había servido al amo, primero de pastor (y entonces había tenido perro), luego de gañán (y el amo le explicó lo que tenía que hacer en la tierra) y ahora también limpiaba la casa cuando el amo se lo decía, aunque la comida de gachas la ponía el amo al fuego con el agua y la sal y un poco de aceite. Tomaban ambos de las gachas por igual, pero el amo tomaba después una loncha de lomo embutido que había estado en una olla de aceite desde un año antes, y al criado no le parecía mal porque todo estaba así dispuesto desde hacía mucho tiempo y, en la época de mayor trabajo, tenía la fruta y el poco de tocino. El pan, cuando sólo era de tres días o cuatro, se envolvía en las gachas y se empapaba en el caldo y sabía bueno mordido, escurrido el líquido a lo largo de los dientes y luego hacia atrás, blando, pero luego era

ya más duro, aunque siempre se ablandaba algo en el caldo y los domingos, el amo echaba algo de aceite encima del pan del criado y del suyo propio y recitaban la letanía lauretana que el amo tenía en un libro negro.

—Trae las gachas —y le miró en las cejas pobladas y en la boca abierta y en toda la cara como torta o pan blando, poco hecho. El amo miraba al criado cuando le hablaba. Miró cómo el cuello ancho se inclinaba sobre las brasas y con las manos sacaba del fuego el cazo con las gachas y no se quemaba aunque estaba caliente porque, en las manos callosas, no llegaba a doler el calor sino que se dejaba estar allí como otra tierra. El amo no tenía las manos finas sino cuadradas y gordas y en esto tampoco habría podido saberse cuál era el amo, sino más bien en la mirada que desde el amo iba hacia el criado pero que no acertaba a volver y cuya mirada (del criado al amo) sólo surgía si la de este vagaba ausente, y sólo por un momento huidiza podía osar aunque siempre fija y negra y exactamente vuelta para adentro. La mirada del criado no revoloteaba sobre las cosas, sino que se adhería pegajosa a una y quedaba dormida como una mosca en una pierna.

El amo sirvió las gachas en un plato de níquel y dejó las otras en el cazo para que el criado comiera, que era lo que siempre se había hecho y en lo que se notaba que el criado no era su hijo. (Una vez el criado había soñado que era el hijo del amo y que el amo le castigaba diciéndole «hijo», pero no se atrevió a contarle y poco a poco, fue olvidando este sueño y todo volvió a quedar como si no lo hubiera soñado.)

El criado comía abriendo la boca al masticar y se veían las gachas (dentro de su boca), que después tragaba. El amo siempre había cerrado la boca para masticar y no le decía que comiera con la boca cerrada. Tampoco pensó en comer él (el amo) con la boca cerrada ante el criado que no llegó a saberlo nunca, pues su mirada, al comer, estaba puesta, como una mosca ahogada, en las gachas y no en la boca cerrada del amo el cual, al comer, gustaba de ver abierta la boca del criado mientras comía.

—Te traes luego las rejas —y cuando el criado ya se iba, sacó el lomo embutido y comenzó a comer de él.

2

Cuando la vio, el criado creyó que había venido a vender algo (zuecos o albarcas) o bien a comprar los huevos que no comían él ni el amo y se guardaban en la bodega, pero había venido a servir.

–Yo dije, digo, me iré a servir con el cojo y me vine.

–No quiero que me llames el cojo.

Tenía unas nalgas fuertes, sólidas, redondas y es lo que el criado miraba, pues no miraba a los ojos y así tenía la mirada que chupa, fija.

–Se pasaba hambre fuerte. –Tampoco miraba el rostro del amo sino las manos y los pies de cojo–. Yo dije, digo, me voy a poner a servir.

La cara era como una cara redonda y con ojos, pero pequeños. El invierno es mala época para los pobres aunque a las encinas no se les caen las hojas.

–Aquí comemos gachas.

El invierno es la mala época y hay que hacer astillas en el corral y añadir tejas a las goteras y subir al sobrado con añadidos de corcho de colmenas viejas para las goteras, pero lo mejor es estar junto al fuego. Allí había dos luces distintas en invierno, la que entra por la ventana y por la media puerta y la que sale de la llama y salta a las caras.

–Cuando tengas el mes puedes comer un huevo.

Alrededor de la casa y de los cultivos todo lo que se ve son matojos y florecillas malvas y espinos cenizosos con flores amarillas y, más lejos, el monte bajo donde come la cabra y los árboles más lejos. Todos los inviernos nieva y se sube la nieve a las encinas y el criado está en el poyo mirando y luego el amo le dice que corte los rachizos que hay en el corral (de encina) y que se los acerque al fuego.

–Yo dije, digo, me pondré a servir con el cojo.

–Bueno, cállate ya.

3

El oceánico aire de la casa, en medio de la llanura seca, se extendía como azul o verde, de habitación en habitación y se deslizaba hacia los rincones sin ser sentido, opaco, donde el criado a veces descansaba, apoyaba su cabeza en la pared y permanecía quieto (pues era algo imbécil) mirando a un punto cualquiera dentro del aire y el amo le dejaba hacerlo así pues no le molestaba y era ya costumbre suya estar así en silencio, el amo balanceándose sobre sus pies chatos (uno cojo), balanceándose y teniendo en la mano una ramita (que solía coger cuando pasaba viendo trabajar al criado) silbando entre dientes, no una canción sino sólo un silbido largo.

El oceánico aire de la casa tenía algunos lugares más fríos, donde quedaba como remansado, y allí olía de un modo antiguo y fresco aun en el verano, como una suave mezcla de campo y de sangre de animales sacrificados. En uno de estos, había un tajo de madera manchado de sangre antigua, con tres patas, sobre las que descansaba su trozo de tronco y encima un hacha poco afilada y allí mataban las gallinas cortándoles el cuello de un tajo cuando iban a venderlas y aún no habían aprendido a matarlas apretando la cabeza y el pico con la mano izquierda y cortando la cresta con un cuchillo que se lleva en la derecha y hay que mover repetidamente a derecha y a izquierda hasta que, por fin, brota la sangre de la cresta roja y queda azul y fría. Entonces echaban todas las cabezas cortadas (que el amo no vendía) al cazo, donde las gachas se hacían con un poco de aceite y la sangre y aquel día, el amo chupaba los cartílagos de la tráquea y sacaba los sexos con un alfiler de cabeza negra y se los comía y al criado le dejaba también algunos cartílagos para que los chupara y comiera el pellejo que las gallinas tienen pegado alrededor del cuello aunque nunca le había dado las gracias por dejárselo chupar.

El oceánico aire de la casa se remansaba en el desván de arriba por donde pasaba la chimenea hecha de adobes y donde había unas gruesas columnas de adobes y unas vigas redondas y algo torcidas sobre las que iba apoyada la techumbre de la

casa de las que el criado colgaba las azadas y en las que dejaba pinchadas las hoces en las épocas en que no eran necesarias. Había también allí un cajón con periódicos viejos, revistas ilustradas con fotografías de bailarinas con collares de perlas y un penacho de plumas de gallo pintadas encima de la cabeza, casi completamente desnudas (salvo las perlas) y que el criado no había visto nunca y que el amo no solía mirar.

No pasaban caminos por allí y pasaban las noches sin que el ladrido de un perro llegara nunca a sonar. Tampoco pasaban gitanos, por ser aquella tierra pobre, ni vendedores de telas catalanas que caminan en su pequeña tartana que arrastra una mula pequeña y que, a veces, llevan un perro.

—Tráete ese saco.

Y en él iba metiendo luego las patatas, escogiendo una a una las más hermosas que eran vendidas, mientras que las pequeñas eran reservadas para que el criado las sembrara al año siguiente en el pequeño trozo de tierra sin piedras que se regaba con el agua del pozo donde las patatas podían ser cultivadas difícilmente pues el clima no era propio y el criado no podía (a pesar de su obediencia) sacar todo el agua que hubiera sido precisa. No se abonaban aquellas tierras del amo, pues no había carro en que traer estiércol ni animal que lo produjera en la cuadra vacía; sólo había la gallinaza de las gallinas en el sitio en que dormían, pues el resto del día andaban sueltas. Todo el resto del terreno (el no regado) era dedicado a las almortas de que hacían gachas todo el año, pues la tierra pobre no admite trigo, salvo la rotación de centeno y trigo sarraceno que también se daba, aunque pobremente, alternando con la almorta más rica de las gachas.

4

El criado no se sentaba mientras la lluvia seguía cayendo, sino que miraba llover desde un poco detrás del amo que estaba sentado en un tronco y que, alguna vez, cansado de mirar a la lluvia, se miraba las propias manos cuadradas o se hurgaba en el oído con un palito, mientras que las hormigas (si era lluvia de

verano) escapaban de lo mojado hacia el agujero y andaban de un lado para otro desorientadas y gordas. El criado, después de la lluvia, tenía que trabajar más deprisa para recuperar lo perdido y con más trabajo, por ser la tierra arcillosa y pegársele el barro a los pies y a las manos y a la ropa de pana que el amo renovaba una vez cada tres años.

—Ya escampó.

—Sí.

—Llégate al sobrado, no sea que haya charco.

Pero la lluvia seguía cayendo, resbalando desde todas las tejas que ahora eran rojas y limpias y también caía por la ancha chimenea de adobe hasta el fuego.

—Llueve, otra vez.

Cuando llovía, se estaban así los dos, bajo el cobertizo, viendo caer el agua y cómo el agua empapaba, poco a poco, la tierra seca y pisada y luego formaba pequeños ríos de forma ya conocida que ellos recordaban bien, hasta formar un cauce único que se escapaba entre unas tablas, a través del cobertizo donde las gallinas dormían y donde ahora estaban refugiadas de la lluvia y subidas al palo que se curvaba bajo el peso de los fríos pies húmedos.

El amo se sentaba en un tronco, para ver cómo la lluvia caía benéfica y le gustaba verla, aunque por otra parte estaba pesaroso de ella, pues retrasaba el trabajo del criado que tan necesario era para el sustento de ambos. El criado solía estar de pie, viendo cómo el agua fluía hacia los campos a donde él iba a cagar todos los días al amanecer, que es cuando a él le venía, mientras que al amo le venía por la noche, cuando ya el criado está durmiendo y él salía a eso y luego cerraba la puerta y apagaba la vela que había dejado mientras tanto en la cuadra, sobre un pesebre, junto a la puerta y, si hacía viento, más adentro.

Mientras llovía, el criado esperaba partiendo leños con el hacha poco afilada, en el mismo cobertizo, mientras que el amo, vuelta la cara hacia la lluvia, extendía las manos cuadradas y las dejaba mojarse un poco, pero luego pasaba y llegaba el sol o la noche seca y sola.

Los días de lluvia eran pocos.

Solía envolverles un buen sol desde el amanecer hasta la noche dura.

5

Quiso el amo fuego y dijo:

–Dame fuego.

Y el criado se inclinó sobre el hogar y cogió un palo que, por el otro lado, ardía, que el amo arrimó a su cigarro liado cuidadosamente y fumó, mientras el criado olía el humo pero no fumaba, pues nunca había fumado. (Había pensado una vez en fumar y compró tabaco –una vez que había ido hasta el pueblo– pero no había comprado papel y no se atrevió a quitárselo al amo ni a pedírselo.) Luego pensó que no iba a poder liarse el tabaco en aquel papelillo tan fino, así que lo lio en un papel que encontró –donde habían venido unos clavos que había comprado el amo para clavar algunas maderas que estaban sueltas– y el tabaco se caía y no pudo hacer el cigarro. Entonces puso su tabaco –el que había comprado en el pueblo– en la petaca del amo, poco a poco, en varios días, para que no se diera cuenta (y efectivamente, no se dio cuenta). Aunque le gustaba oler el humo y así lo hacía cuando el amo fumaba y él estaba cerca.

EL SACO

Nota del editor

Hacia la mitad del capítulo 24, cuando uno de los protagonistas, López, está reflexionando sobre los efectos de la tortura en el hombre, aparece uno de los dos topónimos que contiene el texto: el monte Nebo. Se trata de una alusión ambigua, que, probablemente, procede de la Biblia, del Deuteronomio, donde es el lugar desde el que Moisés puede ver la Tierra Prometida que no llegará a pisar, pues allí muere. No parece casual que el otro topónimo sea el del lugar de nacimiento de López, el ficticio Misericordia del Gran Alpe, donde la virtud se asocia con otro espacio que ofrecería una extensa visión.

Antes, hacia el comienzo del relato uno de los presos dice que gracias a la instalación de la luz podrían leer libros de predicadores, pero al ser la mayor parte de los penados condenados por asesinato, los títulos de los libros tendrán sin duda una resonancia irónica: *Cómo enderezar mi alma culpable* o *El verdadero refugio del cristiano no está en los bienes terrenales*.

El Alcaide había pensado que las celdas de los penados debían tener luz eléctrica. Creyó que así sería posible leer un libro durante el día, lo que ahora no permitía la incierta claridad que entraba por los elevados ventanucos. También sería posible vigilar mejor las celdas durante la noche. Una simple vuelta en el conmutador permitiría a los guardas, de facción por los corredores, escudriñar detenidamente por la mirilla de las celdas, la posición y las actividades de sus ocupantes. Se buscó un penado que pudiera hacer el tendido de los cables. Uno había trabajado en una empresa de instalaciones eléctricas. Se le condujo ante el Alcaide.

—¿Tú entiendes de electricidad?

—Sí, señor Alcaide —dijo Hugh.

—¿Por qué cumples condena?

—Asesinato —contestó con una sonrisa.

—Bien; empezará el lunes.

—Gracias, señor Alcaide.

Se le dio por ayudante a Jaime que era un débil mental. Jaime iba detrás de él con la caja de las herramientas y los rollos de hilo flexible. Hugh silbaba mientras trabajaba subido en las escaleras de mano. Jaime le miraba desde abajo. «Tú eres Hugh, ¿no?», le había preguntado el primer día, pero no había obtenido respuesta. Jaime estaba allí por atentado contra el pudor. Tras de las puertas, brotaba contra Hugh un vaho de rencor. Los compañeros penados seguían confinados, salvo en las horas de paseo, mientras que él gozaba de semilibertad en los pasillos, en los corredores y hasta en el taller. Sólo dos guardas le vigilaban lánguidamente mientras sostenían sus particulares conversaciones en voz baja.

«Nos van a poner unas malditas luces», habían sabido todos los penados. Hugh sentía la irritación crecer. A Jaime le

decía «Sóplate los mocos», cada vez que advertía un gesto estúpido fijo en su trabajo. Con un martillo fino iba clavando los garfios que sostenían el cable. Este iba dejando la lenta huella de su paso a lo largo de los corredores. Más adelante, debería entrar en cada una de aquellas celdas fermentadas de humedad y penumbra para establecer los empalmes, colgar los casquillos y disponer el cajetín de los plomos fuera del alcance de las manos de los presidiarios actuales y de los que, más tarde, vieran a sustituirles.

—No me mires —decía Hugh a Jaime cuando este le miraba—. No me mires que te rompo el alma.

Y Jaime, pasivamente, bajaba la mirada y le seguía hasta el taller donde dejaba la gran caja metálica, la escalera de mano, las herramientas y los rollos de cable. Pero Jaime tenía mala memoria y ciertas veces Hugh volvía a sentir la mirada del tonto fija en su cuello mientras trabajaba.

2

—¡Eso! —dijo Livio tocando el pecho del hombre que hablaba.

—Es una indignidad. Una indignidad tras de otras. El Saco ha creído que puede hacer lo que quiere. Le gusta forzar, violar. No tiene respeto a lo que es digno. Mi dignidad humana; mi derecho de hombre. Viene el Saco y ¿quién somos entonces? Pero ¿quién es él? Un hombre como otro. ¿Por qué va a decidir si el hombre tiene o no derechos humanos? Va a haber alguien que se lo diga en la cara. Vosotros ahí os quedaréis. ¿Lo sentís acaso? ¿Quién es ese viejo como un saco que nos va a poner su pata encima? ¿Es que no se va a ahogar en su propia basura?

—¡Eso! —repitió Livio—. ¡Bien, Fierro! Lo que tú dices.

—El Saco no basta para hacerlo. Habrá que ver eso. Habrá que ver por qué lo hace. Habrá que ver si quiere sólo iluminarnos o lo hace por irrisión y burla. ¿No hemos pagado nosotros la deuda hasta el límite? Él no sabe lo que es eso y ahora nos va a poner su pata encima. ¿Quién va a quedarse así para verlo? ¿Quién se las va a ver con lo que sea? Lo digno del hombre no es callar sino tenerse firme y aguantar lo que venga.

Hugh tenía poca paciencia. Le gustaba contestar a lo que se le decía como si no fuera con él.

—Calla tú —dijo—, o habla más claro si es que te atreves. Aquí todos somos hombres.

—No todos los hombres son iguales. Habría que saber qué es lo que tú eres y por qué vas y te arrastras y dices que sí, que tú lo harás, porque eres humilde y agradecido. Yo no soy así. Yo quiero estar donde estoy con toda mi hombría aquí. Y hay quien no lo comprende. Y al que no lo comprende yo le escupo. Y no le tengo en nada. Ni amistad, ni respeto. Humillación: eso es lo que algunos llevan en el corazón. Sólo deseos de ser humillado para poder chupar una punta de cigarro fumado o para que se le dé una manzana pasada y pasar por ella su cochina lengua y alegrarse de haberla conseguido. El que no es más que un penado que está aquí pagando la pena porque se ha dejado coger ¿por qué no sabe lo que es aguantar y ser hombre? ¿Qué hay en ti que respetar? Tú no eres sino penado, cobas y adulator. Estás ahí como gusano que quiere ser pisado y no tienes palabras sino para adular. Eres miseria; todo tu ser y no sólo tu cara es de bicho o comadreja. No siento respeto por ti que sonríes al Saco y quieres poner la otra mejilla cuando aún no te han dado el primer golpe.

—Hablas fuerte —contestó Hugh—, pero tu fuerza se te va en palabras. Atrévete a algo más que hablar y acabarás en celda de castigo. Tan penado eres como los demás, aunque no sepas sujetar la lengua. Un día sentirás lo que has dicho.

—¿Tú eres el que lo va a cantar, Hugh? ¿No sabes lo que sucedió con algunos que cantaron? ¿No has oído hablar de la autopsia que pide el reglamento para los penados que mueren antes de tiempo?

—Tú hablas mucho. Yo no voy a soplar lo que andas diciendo del Saco. Pero todo se sabe. No creas que el Saco necesita que alguien le diga qué penado de la Sección Segunda se va de la lengua.

—El Saco debe mirar donde pisa. El Saco es el hombre en cuya piel no quisiera estar yo cuando las luces empiecen a funcionar en las celdas durante la noche y el alma de los penados se exaspere. Quiero ser penado tranquilo. No quiero recordar. Yo

soy penado que piensa en el día que vive. No quiero ser penado romántico que piensa en la cara que puso la pobre muerta al perder sus ochavitos. No, Hugh. Ya lo sabes. Te hablo de hombre a hombre. No está bien lo que estás haciendo, comadreja. No está bien que tú mismo pongas las luces con que van a humillar a tus compañeros.

—Bien, Fierro, bien —dijo Livio—. Ya ves que Fierro te ha calado, Hugh. No es este tu sitio. Vete con el Saco y cuéntale lo que dicen los penados de la Sección Segunda.

—Nadie puede decir que yo haya dado un soplo. Pero si yo no pongo las luces, harán venir quien las ponga mejor que yo. Yo entraré en todas las celdas. Llegaré hasta donde vosotros no habéis ido nunca, hasta la Sección Especial y la Sección Primera. Sólo las celdas de castigo tienen ya su luz roja de fotógrafo. Pero a todas las demás tengo que ir yo con Jaime.

—Irás a todas, pero no tienes tú coraje para hacer lo que hay que hacer. ¿Quién se puede fiar de un hombre que ha estado hablando con el Saco y le ha sonreído y ha merecido que le dé su confianza y le permita pasear silbando todo el día por los corredores, subido a una escalera de mano, pavoneándose delante del Jaime para que piense que es el hombre más listo del Penal?

—Ya te he dicho a dónde iré.

—Tú estás ahora inventando algo. No querrás hacerme creer que sonreíste al Saco sólo para hacer favores, para llevar una colilla al amigo que tenemos en una celda que no sabemos cuál es. No. Tú pensabas sólo en ti y te contoneabas para hacerte el guapo, para hacer creer al Saco que eras su hombre.

Jaime estaba también allí y dijo:

—Siempre quiere que no le mire...

Fierro se le quedó mirando.

—¿Dónde llevas tú las herramientas, Jaime?

—En la caja de hierro.

—¿Es una caja muy grande?

—¿Cabría esto? —interrumpió Livio aguzando la mirada—. ¿Cabría, así como mi brazo? —y señalaba la distancia desde su puño cerrado hasta el codo.

—¡Ni se sabe...! —dijo Hugh riendo burlescamente mientras su hocico se estiraba.

—¿Cabría un tanto así? —insistió Livio mientras Hugh seguía riendo.

La risa de Hugh se interrumpió en mueca de dolor cuando Fierro apretó su brazo.

—No rías. Tú has de estar con los compañeros. Nada eres tú solo sino derecho a la fosa por muerte accidental. Calla. No rías con el tonto de las herramientas. Te está preguntando. Nostalgia te quedará cuando estés muerto y la cara que recuerdes va a ser la tuya.

—Fierro, mala bestia, eres una vaca que se tira a cornear su sombra. Deja que yo piense. Deja que yo sepa lo que voy a hacer. Déjame que me ría ahora si quiero pensar luego en lo importante. Deja que el Saco sea simpático y que dé luz a las celdas para que podamos leer libros escogidos de predicadores, *Cómo enderezar mi alma culpable* y *El verdadero refugio del cristiano no está en los bienes terrenales*. Eres como una vaca cargada de estiércol y lo vas echando cuando te mueves. Estate quieto porque salpicas, bestia.

Fierro apretó más su brazo hasta que se fue poniendo pálido.

—Jaime dice que cabe —informó Livio—. Que cabe eso.

—No me importa si cabe o si no cabe. Quiero hablar con Hugh de hombre a hombre y él se obstina en reír con su hocico de comadreja.

—¡Déjale! —dijo Livio—. Tal vez es que ríe mientras piensa.

—No puedo comprender al que ríe cuando hago una pregunta sería. Hugh no sabe lo que pienso. Es un penado sucio, un penado romántico que recuerda a sus muertos y se asusta. Por eso ríe; para ahuyentar su miedo.

—Todos somos románticos y sucios. Todos soñamos con la misma cara muerta —insistió Livio.

—¡No! —gritó Fierro—. No sueño con mis muertos. Yo estoy despierto. ¡Que se vaya ese con su sucia miseria! ¡Que se vaya a hurgar en la basura de las uñas del Saco! Que se acuerde, que se acuerde de todo lo que ha hecho... Yo estaré despierto. Si los muertos me vuelven algún día, reventaré, estallaré como una bomba. ¡Pero hasta tanto, que no se olvide que le miro!

3

López abandonó sin pesar la ciudad de Misericordia del Gran Alpe, aunque allí había querido el destino que naciera. Durante treinta y cinco años estuvo al cobijo de aquellas tejas negruzcas, holló las viejas calles polvorientas y vio salir el sol por la misma extremidad del Valle. Vio también muchas veces, al atardecer, cómo los pescadores de la laguna, con sus sombreros de paja y sus largas cañas, esperaban pacientemente que surgieran unos peces estrechos plateados, de hocico chato, con ojos saltones, de sabor vacío que necesitaban sal para ser cocinados. Ahora, López se iba con el alma tranquila pero resignadamente triste. Había creído que nunca podría hacerlo, que toda la vida tendría que trabajar como escribiente en la Alcaldía sucia de Misericordia.

Adela López nunca pudo decirle exactamente cuál era su apellido paterno y él se había resignado a endosar el López de la madre, que era bondadosa y gruesa, un tanto ajada en los últimos años, pero que antes fue hermosa. Trabajó ella, alguna vez, como interina en la casa señorial de los Ollssen. La Señora Ollssen se interesó por él cuando todavía era adolescente pálido, mal alimentado. Se preocupó por su alma y más distraídamente por su cuerpo. Cuando la Señora Ollssen supo que el niño no iba a la escuela, exigió su ingreso y cuando supo que ya no podía seguir yendo por haber cumplido la edad reglamentaria y que el rendimiento escolar había sido excelente, tanto así que el niño (ya en edad sexual) conocía las cuatro reglas y la ortografía, pensó en su porvenir movida por alguna oculta razón, por la extraña convicción de que se trataba de un deber. La señora Ollssen le mandó llamar una tarde de domingo y rodeó de tal solemnidad la entrevista que López hubo de pensar que de ella dependía la totalidad de su futuro, lo que no era totalmente falso.

El salón de los Ollssen en el que él, tan inferior, fue por especial condescendencia recibido, estaba silueteado de azul por cenefas, colgantes y drapeados. Las sillas y sillones mostraban azul tapicería y efectivamente, algo de azulado tenía el már-

mol de la consola. Había también dorados: unos flecos oxidados y una gran lámpara oro rojizo colgada en medio de la gran sala. López, al entrar, sintió que era sólo el alma de la Señora Ollssen la que le hablaba, sentada en su sofá, animándole a acercarse. No pudo mirar las figuras de mármol de las vitrinas, ni las porcelanas, ni los bustos, ni los retratos de los antepasados potentes que habían hecho la pujanza de la familia sobre Misericordia del Gran Alpe. Miró sencillamente al suelo, donde la alfombra era gris y gastada por las continuas visitas de señoras vestidas de negro con gargantillas de terciopelo morado y pendientes de piedras oscuras, que a la Señora Ollssen acataban. Oyó, pues, cómo el alma de la Señora Ollssen le decía:

—¡Acércate, López!

Hasta entonces nunca le habían llamado por su apellido. Hasta entonces había podido pasar como Expósito o abandonado que no era. El apellido indigno, materno, no justificado sino por la biología, en el que no se reflejaba ningún orden jurídico ni espiritual, sonó, no obstante, en el gran salón con ecos de majestuosa pompa, para sus oídos no habituados.

—¿Me oyes, López? ¡Acércate más!

El alma de la Señora Ollssen se aparecía en forma de dama rubia de elevada estatura, de ojos maravillosamente límpidos, azules. Un traje de seda o de otro tejido precioso, ceñía su aspecto divino. Unas perlas también, joyas increíbles, y unos largos pendientes completaban la visión radiante.

López se acercó y, aunque humilde, no podía, una vez que la había visto, separar de ella su mirada.

—¿Sabes para qué te he llamado?

—No, señora.

—Has concluido tus estudios. Eres ya casi un hombre. Tienes que ocupar tu puesto en la Sociedad.

López comenzó a llorar al oír este lenguaje.

—No llores. ¡Sé humilde! La dignidad de tu origen, el que seas hijo del pecado, no es obstáculo invencible. Tú también eres hijo de Dios.

Seguía llorando.

La Señora Ollssen se había conmovido. Se levantó, fue hasta él y le estrechó en sus brazos. Sí. Lo hizo. Le estrechó en sus brazos. Le besó. Y empezó a llorar. Lloraba ella también. Lloraba a su lado. El niño cayó de rodillas.

—Los hombres son malos —dijo ella.

El niño besó la mano que ella abandonaba mientras sonreía tristemente.

—Los hombres son malos, sí, pobre niño.

López sólo tenía un deseo. Que aquella señora fuera su madre.

—Usted es mi madre... —dijo.

La Señora Ollssen se estremeció.

—Promete que nunca serás malo. No seas nunca como tu pobre madre. No te salgas del camino recto. Tú sufres por los pecados de tu madre. Sí, eres inocente. Pero el pecado hace sufrir también al inocente —recitó la Señora Ollssen hundiéndose en una ensoñación tristísima.

—¡Mi madre no es mala! —gritó López.

—Tu madre es una pecadora...

—¡Mentira, mentira, mentirosa! —gritó López retirándose, crispando los puños.

—¿Cómo? —dijo la Señora Ollssen—. ¿Serás tú también un voborezno? Llevas mala sangre... ¡Vete! ¡Vete de mi vista!

—¡Perdón! —dijo el niño otra vez de rodillas y no huyó ni arrojó el jarrón de porcelana sobre el suelo, ni escupió, sino que se rendía.

—¡Vete! ¡No mereces que me ocupe de ti! ¡Te atreves a insultarme!

—Perdón.

—Eres impertinente como todos los desdichados.

—No lo seré más.

—¿Por qué me contradices? ¿Crees que yo no sé lo que es el pecado? ¿Vas a darme a mí lecciones de moralidad?

—¿Qué he podido decir yo, señora?

—Has dicho graves inconveniencias. ¿No sabes que el pecado existe? ¿No sabes que hay lo bueno y lo malo? ¿No sabes que todos los hombres y tú también, a pesar de tu indignidad, pueden escoger el camino del bien y que Dios da a todos fuerzas

suficientes para hacerlo? Quien elige el camino del mal es responsable de sus pecados. ¡Cómo! ¿Vas a afirmar tú, niño estúpido, que el pecado no existe?

—¿Qué he podido decir yo, señora? —volvió a exclamar López desconfiando para siempre de su capacidad para vivir o para alzar una mirada orgullosa.

—Has de tener siempre presente lo que está bien y lo que está mal. Has de comprender claramente lo que es el pecado. Has de odiar al pecado y a los pecadores, no en lo que tienen de personas sino por haber deseado su propia condenación.

—Así lo haré —dijo López.

—No se debe confundir en una misma medida al bueno con el malo.

—Pero ¿cómo sabré quién ha pecado?

—En Misericordia todos son pecadores —dijo la Señora Ollssen elevando su mirada azul purificada en la tormenta, incólume y limpia—. Hasta donde alcanzo yo, todos, todos son pobrecitos pecadores, endemoniados pecadores. Esta tierra está poseída por el diablo, pobre niño, y tú no tardarás en caer entre sus garras.

—¡Yo no quiero pecar! —dijo López, arcángel transfigurado, elevado por el torbellino ascendente—. ¡Yo no quiero!

—Mentirosa tierra, tierra negra esta —decía para sí la Señora Ollssen—, en que todos son arrastrados al pecado. ¿Para qué la crearía Dios? ¿Qué designio animaría Su mano en aquel momento? ¿Quién podría explicarlo? Mira —añadió luego, volviéndose hacia el niño—. Mira esto. —Y le alargó una bola de vidrio en cuyo interior partículas azules y blancas se revolvían a cada movimiento—. ¡Tómala! Te la regalo —dijo el alma de la Señora Ollssen.

Al abandonar López la ciudad de Misericordia del Gran Alpe, después de haber dejado su juventud sin alegría en los bancos de la Casa Consistorial, no llevaba consigo la bola de vidrio. La había tirado el día del entierro de la Señora Ollssen. No la había tirado en el interior del sepulcro a donde siguió al cuerpo sin alma, ni tampoco en el gran jardín donde ella solía pasear, desde la lejana partida del Señor Ollssen, protegiendo su tez blanca del sol con una pequeña sombrilla rosada y segui-

da a lo lejos por un sirviente. La había tirado en mitad de la plaza pública de Misericordia. Los cristales se habían esparcido y había salido un poco de agua y una mancha oscura de anilina. Un autobús pasó haciendo crujir los vidrios y López sintió miedo temiendo que pudiera pinchar su rueda.

La Señora Ollssen, que durante muchos años controló sus más pequeños movimientos, que le impidió con su sola inmovilidad todo contacto femenino, que le estableció a perpetuidad en su puesto administrativo, estaba muerta, pero en su testamento no había aparecido ninguna palabra para el niño de treinta y cinco años conservado puro gracias a su cuidado, en aquella tierra cuyo destino moral al crearla sólo Dios podía haber sabido cuál era.

Al abandonar López la ciudad de Misericordia, no sabía que andando el tiempo y sin necesidad de esperar que muchas veces la Tierra diera su vuelta en torno al Sol, arrastrando su cuerpo desmedrado y sus recuerdos de la Adela pecadora, dulcemente mezclados con los ojos azules de la Señora, había de llegar a un lugar cuya explicación había de ser aún más difícil que la de la propia ciudad de Misericordia y en el que se realizarían posibilidades personales que él mismo ignoraba, virtudes heroicas cuyo germen no era de nadie conocido, actos decisivos a los que nunca él hubiera creído que iba a ser llamado y en los que su pasado, apenas comprensible, fructificaría lleno de sentido.

Índice

Introducción. Dos novelas inesperadas, <i>por Epicteto Díaz Navarro</i>	7
EL VIENTRE HINCHADO	29
EL SACO	105